

—¡Los billetes, por favor! —reclamó el conductor metiendo la cabeza por la ventanilla.

Inmediatamente todos enseñaron los billetes. Los pasajeros eran de la misma talla que la gente común, y por lo visto llenaban el coche.

—¡Vamos nena, muestra tu billete! —repitió el conductor dirigiéndose a Alicia con mal modo.

Y muchísimas voces, «como un coro», pensó Alicia, dijeron a la vez:

—¡Vamos niña, no lo entretengas! ¡El tiempo para él vale a razón de mil libras el minuto!

—Temo que no lo haya comprado —excusóse Alicia con timidez—. De dónde yo vengo no vi ninguna taquilla.

Otra vez el coro dejóse oír:

—¡Por supuesto! ¡Allí no puede haber despacho de billetes. La tierra vale mil libras la pulgada!

—¡No me vengas con cuentos! —insistió el conductor—. Debías habérselo comprado al maquinista.

Y de nuevo el coro:

—¡El hombre que maneja la locomotora! ¡Sí; sólo el humo cuesta mil libras la bocanada!

—Es inútil hablar —pensó Alicia.

Esta vez las voces no hicieron comentario alguno, puesto que ella no había hablado, pero con gran sorpresa suya, *pensaron a coro*. (Supongo que ustedes sabrán lo que significa *pensar a coro*, pues yo debo confesar que lo ignoro.)

—Será mejor que no digas una palabra —pensaron las voces—. Las palabras cuestan mil libras cada una.

—Esta noche voy a soñar con las mil libras, estoy más que segura —se dijo Alicia.

Durante todo este tiempo el conductor no había dejado de mirarla; primero con un telescopio; luego con un microscopio, y ahora con unos gemelos de teatro.



—Estás viajando por el o
fin; y cerrando la ventanilla

—¡Es cierto! —exclamó u
traje de papel blanco, que s
ella—. Una nena debe saber
ni su propio nombre.

Una cabra, que viajaba jun
los ojos y dijo en voz alta:

—¡Ella debe saber adónde
pacho de billetes, aunque no

Como al parecer debían ha
bajo, sentado junto a la cab
más extravagante de los coch